

lo que yo digo rabiando.  
—Tal vez, porque se desvíen,  
suelto un chiste insulso y frío. . . .  
mas de gusto se deslíen,  
y tanto á veces se rien,  
que al fin. . . yo tambien me rio,  
—Risas hay de Lucifer. . . .  
risas preñadas de horror! . . .  
Que en nuestro mezquino ser,  
como su llanto el placer,  
tiene su risa el dolor!  
—Necios, los que abris las bocas,  
abrid los ojos. . . . Quizas  
veréis que mis risas locas  
son de lástima no pocas,  
y de tedio las demas! . . .  
—¡No! . . . Con su ehata razon  
no comprenden, cosa es clara,  
que mis chistes gotas son  
de la hiel del corazon  
que les escupo á la cara.  
—Y jamas librarme puedo  
de ese infernal retintin  
que ya me produce miedo:  
“divertirnos vos, Quevedo.”  
—y hablo. . . y los divierto al fin.—  
¿Qué tal?—“Me divierto mucho.”  
dice, al divertirse un bicho,  
ya en diversiones muy ducho. . . .  
—Y con qué temblor lo escucho  
yo, que en mi vida lo he dicho!  
—Sí. . . los necios, de mil modos,  
que se divierten discurro  
hasta por cogote y codos. . . .

Y yo, al divertirse todos,  
siempre me canso y me aburro.  
(Pausa.)  
Cansado estoy de cansarme,  
y aburrido de aburrirme. . . .  
—¡Necios! . . . venid á enseñarme  
cómo tengo de arreglarme  
para saber divertirme!  
—Y si en torno, hasta morir,  
Solo necios me he de hallar  
y con necios sonreir  
y entre necios divertir,  
viendo á los necios bailar;  
—¡Padre Adan! . . . tu parentela  
miré yo, en corro infinito  
á la luz de una pajuela,  
bailando la tarantela. . . .  
pues. . . y el baile de San Vito!

### ESCENA VIII.

QUEVEDO, OLIVARES.

- OLIV. (*Dándole un papel.*)  
Carta póstuma, Quevedo.  
QUEV. (*Después de mirarlo por todos lados y entregando á Olivares el otro.*)  
Carta inédita, Olivares.  
OLIV. Pláceme, por Dios, el trueque.  
QUEV. Por Dios, que tambien me place.  
OLIV. (*Leyendo.*) “A la infanta Margarita. . . .”  
QUEV. La órden era terminante.  
OLIV. “Darás al punto la muerte.”

- QUEV. Sentencia que vos firmásteis.  
OLIV. Es verdad.—Y este soneto,  
como dimos en llamarle,  
sí . . . me ha puesto algunas veces  
descolorido el semblante.  
QUEV. Pues este escrito sangriento  
—¡ved lo que son los contrastes!—  
ha de volver los colores  
al puro rostro de un ángel.  
OLIV. (*Con gran complacencia.*)  
¡Soneto impió!—Quevedo,  
permitidme que le rasgue  
sin demora. . . —No; imagino  
que es mas seguro quemarle.  
QUEV. ¡Carta feliz!—Conde-duque,  
permitidme que repase  
sus renglones. . . —De la reina  
quiero en la dicha gozarme.  
OLIV. ¡Y esperais? . . .  
QUEV. (*Con tono solemne.*) En este escrito,  
hoy habla al rey un cadáver! . . .  
(*Leyendo.*)  
“ Al rey.”—Oíd cómo escriben  
los moribundos con sangre:  
—“ Muero, es justo; la beldad  
“ amé, que en el trono ví. . .  
“ Pero siempre,—es la verdad!—  
“ ignoró su magestad  
“ este ciego frenesi.  
“ Jamas hablamos los dos. . .  
“ ¡Lo jura una alma cristiana  
“ ya en la presencia de Dios!  
“ Muero. . . ¡perdonadme vos! . . .  
“ Con sangre. . . Villamediana.”

- De la fe de un moribundo  
ni el rey dudará ni nadie.  
OLIV. Pero vos, al recibirla,  
me parece que dudásteis. . . .  
QUEV. ¡De su origen, conde-duque! . . . .  
Porque, como sois tan hábil,  
me asaltó al punto un recelo. . . .  
OLIV. Pues me hicisteis un ultraje.  
—No falsifica papeles  
la raza de los Guzmanes! . . . .  
QUEV. Pero si un Guzman se nombra  
conde-duque de Olivares. . . .  
OLIV. (*Con arrogancia.*) ¡Nunca falsifica! . . . .  
QUEV. (*Con frialdad y sarcasmo.*) Cierto. . . .  
Cartas. . . escritas con sangre.  
Y es que tal vez le repugna. . . .  
OLIV. ¡Sí! . . . ¡envilecerse!  
QUEV. O sangrarse.  
OLIV. Nunca, y lo sabrás muy pronto,  
nunca pequé de cobarde.  
QUEV. Sois audaz. . . y aun está en pleito  
el valor de los audaces.  
(*Pausa.*)  
OLIV. (*Afectando tono natural.*)  
Quevedo, un mes hace ahora,  
—no quisiera equivocarme,—  
que en esta cámara misma. . . .  
—Cierto, en esta fué. . . .  
QUEV. Adelanto  
OLIV. Yo entónces, para prenderos. . . .  
QUEV. Pues, á la guardia llamásteis,  
que, por venir á prenderme,  
tuvo despues que escoltarme.  
OLIV. Un soneto os salvó entónces.

QUEV. Sonetos de vos me salven.  
 OLIV. (*Mostrándole el papel y dirigiéndose á la puerta de la derecha.*)  
 Hoy os falta ya el soneto.  
 QUEV. (*Con naturalidad.*)  
 Pues . . . me salvará un romance.  
 (*Olivares vase sonriendo, por la derecha.*)

ESCENA IX.

QUEVEDO, despues MARGARITA.

(*Al desaparecer Olivares, Quevedo se dirige con rapidez á la puerta de la cámara de la reina.*)  
 QUEV. (*Llamando.*) Duquesa... Duquesa.—Quiero darla estas letras de sangre sin demora. . . — Mas . . . (*Impaciente.*)  
 ¡Duquesa!  
 ¡Salid. . . ¡Oh! ¡dicha! . . . Ya sale.  
 MARG. ¡Erais vos?  
 QUEV. Perdonad, si anduve osado.  
 MARG. ¡Que eso digais?  
 QUEV. Como ofrecí, señora, sin grande desazon para el privado, esta carta sangrienta he rescatado, y os la presento ahora.  
 (*Margarita la toma y pasa por ella una mirada.*)  
 MARG. ¡Sois el genio del bien!  
 QUEV. Dadme otro nombre. Mezquino entre los hombres me confundo, y hombre frágil tambien. . .  
 MARG. Si sois un hombre, ¡habeis nacido para honrar al mundo!  
 QUEV. ¡Callad, por compasion!

MARG. ¡Cuánto os admiro!  
 Alma teneis de celestial esencia. . .  
 —¡Oh! bendita de Dios vuestra existencia consagrada. . .  
 QUEV. Al estudio y al retiro, señora, y nada mas.  
 MARG. Y á los que gimen consagrada tambien. . . —Oh! sí, bendita un alma, cual la vuestra, que se agita en pro de la virtud y contra el crimen!  
 (*Movimiento de Quevedo.*)  
 ¡Y no me lo negueis! . . . —De la ventura nuncio mortal, por bien de los mortales, desterrais de las almas la amargura; y, olvidado tal vez de vuestros males, vivís por dar alivio á los ajenos, y amparo á la virtud, y al crimen guerra. . .  
 —¡Oh! ¡Seréis muy feliz!  
 QUEV. (*Con amargura.*) ¡Nunca! —En la tierra nadie es feliz, señora.  
 MARG. ¡Ni aun los buenos? . . .  
 QUEV. “ *De una madre nacimos los que esta comun aura respiramos; todos muriendo en lágrimas vivimos desde que en el nacer todos lloramos!*” (\*)  
 MARG. ¡Teneis harta razon! —Mas yo creia que á vos el cielo con largueza os daba ventura y alegría; que á vos eterno el bien os sonreia. . .  
 QUEV. ¡Oh! Tarde empieza el bien y pronto acaba!  
 MARG. Yo pensé que el placer libre de enojos, Era en Quevedo condicion precisa. . .

(\*) QUEVEDO, *Masa I.*

- QUEV. Nunca busqueis la flor en los rastrojos! . . .
- MARG. Yo ví siempre el contento en vuestros ojos, y en vuestros labios contemplé la risa! . . .
- QUEV. ¡Risa fatal de la tristeza loca!
- MARG. (¡Oh! ¡qué aspecto y qué vos! . . . . Me ha enternecido!)
- QUEV. Me comprendísteis mal. . . (Es una roca.)
- MARG. (Acercándose con vivo interes.)  
Estais descolorido. . . .
- QUEV. Tal vez. . . . (Turbado.)
- MARG. (Como dejándose arrastrar por una fuerza irresistible de sentimiento.)  
¡Quevedo! . . .
- QUEV. (Fuera de sí, precipitándose hácia ella.)  
¡Comprenderme os toca!
- MARG. (Rechazándole con espresion, que á la actriz solo es dado determinar, y retrocediendo.)  
¡Mas siempre una sonrisa en esa boca! . . .
- QUEV. (Con desfallecimiento y amargura.)  
¡Y en este corazon siempre un gemido!
- MARG. (Resonaba en su voz el sentimiento. . . .)
- QUEV. (Yo he de perder al cabo la cabeza.)  
Vuestra alteza. . . . tal. . . . vez. . . .
- MARG. (¡Fáltame aliento!)
- QUEV. De mi loca tristeza  
no haga caso ninguno vuestra alteza. . . .
- MARG. Dejad la alteza ahora. . . .  
Escusad nombres vanos. . . .  
—Amiga, y no señora. . . .
- QUEV. (Interrumpiéndola). La carta salvadora que puse en vuestras manos, á la reina entregad. . . . —Con razon harta será alivio á sus penas esa carta.

- MARG. Es verdad.
- QUEV. Ante todo,  
—como amigo os lo ruego—  
haced que al punto y de cualquiera modo á las manos del rey pase este pliego.  
(Dala un pliego grande y sellado.)
- MARG. Bien, bien.
- QUEV. (Me reconcilia  
con la ruin sociedad alma tan pura.)
- MARG. ¡Será de Portugal! . . .
- QUEV. Es de Sicilia.  
—Llegado á Portugal, en derechura me encaminó á Palermo mi ventura.  
Y ese pliego es de allí.
- MARG. Vuestra tardanza  
comprendo bien ahora.  
¡Qué contiene este pliego?
- QUEV. Una esperanza.
- MARG. Voy á entregarlo al rey. (Con afan.)
- QUEV. Gracias, señora.—  
Y luego, estad alerta  
de la cámara real junto á la puerta.  
(Entra Margarita en la cámara del rey.)

ESCENA X.

QUEVEDO, despues OLIVARES.

- QUEV. Y ella tambien, cual todos se ha engañado, y muy feliz, cual todos, me ha creído. . . .  
—¡Cómo insultan mi ser desventurado  
“ los que ciego me ven de haber llorado,

y las lágrimas saben que he vertido!" (\*)

—¡Ellos! . . . ¡prole raquílica y liviana! . . .

Si ojos hoy para verme no ha tenido,

(*Marcada ironía.*)

¡claros su prole los tendrá mañana!

(*Con amargura.*)

—Es verdad! . . . Yo lo espero,

¡vive Dios! . . . —En tiempo venidero,

al nombrarme las gentes

se reirán á mandíbulas batientes. . . .

(*Con risa sangrienta.*)

—¡De pensarlo no mas me inunda el gozo! . . .

Si, Quevedo, los hombres ¡oh ventura!

allá en la edad futura,

te honrarán. . . . con chacota y alborozol

—Y al ver tu calavera, alegre risa

(*Sarcasmo sangriento.*)

llamarán á su gesto; y, por laureles,

al son de un tamboril, despues de misa,

ceñirán á su frente blanca y lisa,

corona. . . . de juglar. . . . con cascabeles!

(*Entrando por la derecha.*)

OLIV. Ya me teneis aquí.

QUEV. Tal compañía  
me era inútil á fe.

OLIV. Por vida mia

que de vos me ocupaba hace un instante.

QUEV. Gracias.

OLIV. Caprichos.—Me divierte veros

en regia magestad y aire triunfante

con escolta imperial de alabarderos. . . .

—Un mes hará que hicisteis esta escena,

(\*) QUEVEDO. Musa IV.

y hoy la haréis otra vez. . . . porque es mu-

Ya mis órdenes di. . . . (buena.

QUEV. Sí; hablemos claros;

para prenderme.

OLIV. Pues. . . . para escoltaros.

QUEV. (*Con convicción.*)

Tambien me escoltarán.

OLIV. De otra manera.

—Hoy, para honraros, os saldrá al encuen-

la guardia en la escalera. . . . (tro

Y hoy no con vos la guardia se irá fuera,

porque vos con la guardia os vendreis den-

Muy bien trazado á fe. (tro.

QUEV. Para este lance

no teneis un soneto. . . .

QUEV. Y quién se aflige?

Al fin, y ya os lo dije,

yo, en cualquiera ocasion, tendré un roman-

Estais loco sin duda.— (ce.

OLIV. De mí pensais libraros?—Algun dia

un ilustre señor os protegía. . . .

mas ya en esta ocasion no os dará ayuda.

Ese altivo Giron, á quien se nombra

el gran duque de Osuna, ya no existe. . . .

El, que grande y feliz os prestó sombra,

ya murió pobre y olvidado y triste.

QUEV. (*Indignado.*) Respetad á los muertos!

OLIV. Sus pesares

de su gloria nacieron. . . .

QUEV. Olivares! . . .

—“Faltar pudo su patria al grande Osuna

pero no á su defensa sus hazañas:

diéronle tumba en cárcel las Españas,

de quien él hizo esclava la fortuna.

“Lloraron sus envidias una á una  
con las propias naciones las estrañas. . . .  
Su tumba son de Flandes las campañas  
y su epitafio la sangrienta luna” (1).

OLIV. (Interrumpiéndole.) Muy bien contais su

QUEV. ;Y quién la vuestra contará? (gloria,

OLIV. La historia

repassad, buen Quevedo, y pues en Flandes  
á los Girones encontrais tan grandes,  
buscad á los Guzmanes en Tarifa,  
y enseñad á la gente

QUEV. Guzmanes y Girones frente á frente.

QUEV. Guzmanes! . . . Si tan ínclitos varones

crecido hubieran con bastardos planes

como vos, que heredásteis sus blasones. . . .

Frente á frente Guzmanes y Girones,

no diera yo un Giron por cien Guzmanes!

OLIV. Vive Dios! . . .

QUEV. Un Guzman, con su heroismo

nombre de Bueno conquistó en Tarifa! . . .

—Hiciérais vos lo mismo?

Ese ilustre Guzman de pecho fuerte,

mas fuerte que su malla,

su cuchilla arrojó por la muralla

y á un hijo dió la muerte. . . .

—Padre noble y leal—Miséro padre!

Si él en el hondo porvenir leyera,

la muerte á todos con sus manos diera,

y, ahogando en pos á la inocente madre,

su lanzon por un báculo trocará,

y en un claustro muriera,

y, estinguida su raza, nunca hubiera

(\*) QUEVEDO, MUSA I.

un Guzman, como vos, que le afrentara!

OLIV. Basta, basta! . . . —Partís?

QUEV. Sí. . . por no veros.

OLIV. (Con bárbara complacencia.)

Al fin logro perderos! . . .

—Entrásteis. . . no saldreis. . . no, por mi

QUEV. Yo por la entrada buscaré salida. (vida!

OLIV. No!—Y aunque halleis salida por la entrada,

despues os prenderán por asesino! . . .

QUEV. Libre la puerta. . . .

OLIV. La hallareis cerrada!

QUEV. (Al partir.) Yo me abriré camino con mi es-

OLIV. Despues. . . . (pada.

QUEV. (Volviéndose desde la puerta.)

El cielo me abrirá camino! (Vase.)

ESCENA XI.

OLIVARES, luego MENDAÑA, CASTILLA y GRANA

OLIV. (Furioso y con desvario.)

Qué placer!—Sin dilacion

preso lo traerán aquí. . . .

—Yo quiero testigos, sí,

que vean su hamillacion.

(Llamándolos.)

Mendaña, Grana!—Si, á fe.—

Os llamo, señores. . . —Oh!

El ante ellos me burló,

yo ante ellos le humillaré!

—Ya se acercan.—Mi venganza

será solemne.

MEND. (Entrando con Grana y Castilla.) Señor. . .

OLIV. Os hice venir. . .

MEND. Mejor.  
 OLIV. Para una. . . famosa chanza.  
 GRAN. Una chanza?  
 OLIV. Sí. . . —Hará un mes  
 que aquí con discretos modos  
 nos burló Quevedo á todos. . .  
 Y yo, por burlarle. . .

MEND. Pues! . . . .  
 OLIV. Voy. . . á prenderle.  
 MEND. Es razon.  
 —Pendiente dejó un soneto. . .  
 si hoy no le dice, y completo,  
 diez minutos de prision.  
 Y eso conforme y segun.

OLIV. Oid! . . . (*Ruido dentro á la derecha.*)  
 CAP. (*Dentro.*) La espada. . .  
 QUEV. (*Idem.*) Oh! Jamas!  
 CAP. Soldados, matadle!  
 QUEV. (*Entrando espada en mano acosado por el  
 capitan y guardia.*) Atras! . . .

MEND. (*Sujetándole la espada por detras y rién-  
 Faltan seis versos aun.*) (*dose.*)  
 (*Los soldados rodean á Quevedo: el capitan le arran-  
 ca la espada, y Olivares le contempla con aire de  
 triunfo. Quevedo permanece impassible miran-  
 do á todos lados. Rapidez.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos y MARGARITA, que aparece á las hojas de la  
cámara del rey á tiempo de prender á QUEVEDO.

OLIV. (*Viéndola y con alegría.*)  
 (Ella! . . . hoy todo lo concilia

para mi triunfo el destino!)  
 MARG. (*Que al ver á Quevedo entre los guardias  
 ha hecho un movimiento de terror.*)  
 Al embajador que hoy vino  
 de la corte de Sicilia,  
 quiere ver su Magestad.

OLIV. (*Con estrañeza á Margarita.*)  
 Dónde está ese embajador? . . .

QUEV. Aquí, con guardia de honor!  
 OLIV. (*Aterrado.*) Cómo!  
 MARG. Es verdad! (*Entra en la cámara.*)  
 (*Los soldados dan en tierra con el cuento de sus  
 alabardas, puestas ántes en alto. Quevedo pasa  
 por entre ellos, que le dejan paso, y el capitan le  
 entrega la espada rodilla en tierra. Este movi-  
 miento y las muestras de asombro de Mendaña,  
 Castilla y Grana, han de ser instantáneos.*)

QUEV. (*A Olivares con sorna, cavainando su es-  
 Es verdad.*) (*pada.*)  
 (*Los cortesanos hablan entre sí y con el capitan.*)

OLIV. (*Misero de mí!*)  
 (*Con desesperacion.*)

QUEV. (*A Olivares aparte.*) Del lance  
 salí con dicha completa.

OLIV. Sois! . . .

QUEV. (*Interrumpiéndole.*) Embajador-poeta,  
 con mi credencial-romance.  
 (*En alta voz.*)  
 Paso á la cámara real.  
 (*Saludando.*) Señores. . . —Pero es de ley  
 que hoy el ministro del rey  
 me acompañe. . . .

(*Aparte á Olivares, que se acerca para hacerlo así.*)  
 (Hasta el humbral!)

(Diríjense los dos á la cámara del rey.)

MEND. (A los demas.) Qué Quevedo y que Olivares!  
(Hablan todos con calor.) (res!..)

OLIV. Ved lo que haceis.

QUEV. Teneis miedo?

OLIV. ¡Eso imaginais, Quevedo!

QUEV. Mucho se encrespan los mares.

OLIV. Soy piloto.

QUEV. Conde-duque. . . .

Dije mal. . . . Señor piloto,  
sopla furibundo el noto,  
y hace agua ya vuestro buque.

OLIV. (Oh! me hace temblar!)

QUEV. Qué manos

Tan frías! . . . Cosa tan rara! . . .

Reid! . . . Poneis una cara! . . .

—Qué dirán los cortesanos?

Vedlos ya mustios y tristes. . . .

Tal vez harán ya un misterio,

de que os mantengais tan serio,

miéntras yo os abrumo á chistes.

—Reid, reid! . . . (A todos.)—Oh! señores. . .

Su escelencia honra á mi númen.

Dice que de este cacúmen

nunca oyó chistes mejores.

(Como lastimándose.)

Y os habeis quedado á oscuras! . . .

—Pues ved. . . . de risa Olivares

aun se aprieta los hijares,

y va á echar las asaduras.

Gracias le dije á montones. . . .

—Si os las cuenta bien contadas,

(Riéndose.)

ya vereis. . . . qué carcajadas!

(Aparte á Olivares al entrar, y en el tono que mejor le parezca al actor.)

(Ya vereis. . . . qué convulsiones! !

(Saluda y entra.)

MEND. Va que se le lleva el aire!

OLIV. (Con terror.)

(Hombre infernal! . . . Tengo miedo! . . .)

MEND. (Acercándose á Olivares con todos los demas y en tono jovial ó riendo.)

Qué donaire el de Quevedo! . . .

OLIV. (Estremeciéndose.)

Quevedo! . . .

(Haciendo un esfuerzo para reirse, pero con amargura.)

—Sí. . . . qué donaire! . . .

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.